

la ignominia de la historia

• IGNACIO PEREZ DEL VISO S. I.

EL hombre de la cristiandad tradicional vivió y murió creyendo que su destino estaba definitivamente sellado por la sentencia bíblica pronunciada en el Paraíso: "Comerás el pan con el sudor de tu frente — con dolor darás a luz". Tanto que al iniciarse el método del parto sin dolor no faltó algún teólogo que dudara de su legitimidad y Pío XII debió hacer frente al problema desbaratando sus piadosos escrúpulos. Ningún cristiano puede dudar ya que la inteligencia le ha sido concedida al hombre para que construya un mundo mejor, y que tal misión no ha sido anulada jamás por el Dios Providente.

El *optimismo* con que se mira el futuro es tan grande, que allí convergen Oriente y Occidente prometiendo al hombre un paraíso en la tierra, mejor dicho, en el sistema planetario, en el que nuestra tierra pasará a ser la "patria chica". Parece una alegre carrera de obstáculos en que ambos competidores saltan simultáneamente las vallas: gravitación terrestre, supervivencia en el espacio, alunizaje... Todo se sacrifica en la tierra para el gran salto hacia arriba.

Pero el hombre de sentido común, y mucho más el cristiano, sabe que no puede entregarse a un optimismo ilusorio, como si su anhelo de felicidad total, de autoposesión personal, de coexistencia humana y de trascendencia religiosa pudiera realizarse íntegramente en la perspectiva de *una meta intra-mundana de la Historia*. La muerte, en primer lugar, lo obliga a emigrar de una ilusión que seguirán acariciando sus descendientes. De tantas esperanzas sólo quedará una lápida en la memoria de la posteridad.

A pesar de todo, el hombre moderno comienza a desconfiar de la *necesidad de morir*. Sospecha que podría ocurrir algo semejante a lo del parto sin dolor. Es verdad que el hombre perdió el don de la inmortalidad por el pecado original, pero si la medicina lograra ahuyentar el fantasma de la muerte, ya se ingeniarían los teólogos para encontrar una explicación. En realidad, ya se han ingeniado, despojando a este término de su sentido peyorativo con lo que implica de falacia leguleya.

La consecuencia del pecado original ha sido la necesidad de morir, y no precisa-

mente a los 80 años. Podrá el hombre, quizás, prolongar su existencia terrena durante siglos e incluso milenios, pero no podrá desarraigar de su ser la necesidad de morir. *La muerte seguirá siendo su compañera de ruta*, dispuesta siempre a recogerlo cuando tropiece en el camino.

Y el hombre no podrá librarse jamás de la posibilidad de caer, por accidente, odio o suicidio, como no puede librarse de la necesidad de ser libre si desea continuar siendo hombre. Tampoco podrá liberarse de la necesidad del cosmos, que cerrará sus ojos dentro de 10 ó 20 mil millones de años para adormecerse en un frío letargo. Y no es éste un tiempo tan infinito como podría parecer. Equivale, sencillamente, a la distancia que nos separa, en años de luz, de las últimas estrellas, a las que hacemos tomar parte, todavía, como horizonte de nuestro paisaje histórico.

Pero el hombre moderno no quiere perder tiempo analizando las hipótesis de los astrofísicos, y prefiere trazar sus planes quinquenales, a más corto plazo. *Admite ciertos límites a su ambición de futuro*, no va a renunciar a construir su mundo mejor porque le esté vedado alcanzar el mundo perfecto. Y de este mundo de un próximo futuro ya disfruta de los resultados. No busca des-terrorar definitivamente la muerte, el sufrimiento, la ignorancia, el odio, el desnivel social, la enfermedad, pero sí hacerlos retroceder lo suficiente como para que no estorben su actividad, para que no lo asedien cada día como a un contribuyente moroso.

Los filósofos anteriores a Marx habían intentado *explicar* la sociedad. El se propuso *transformarla*. De modo semejante, el hombre moderno se propone transformar el universo doliente de la Historia. Tampoco está muy seguro de poder ex-

plicarlo satisfactoriamente, pero no se desanima por ello. No le interesa tanto preguntarse por qué sufrimos: es necesario hacer algo frente al que sufre y no quedarse de brazos cruzados.

LA IGNOMINIA DEL PASADO

Pero... ¿es posible transformar el mundo doliente? No se trata aquí simplemente de una estructura económica o política susceptible de mejoras. Y aunque lográramos hacer desaparecer el dolor del mundo presente y asegurar un futuro de felicidad para nuestros posteriores, ¿qué podríamos hacer con todo el sufrimiento acumulado por el hombre en medio millón de años? Es un infierno que clama al cielo y aquí parece ya agotada nuestra capacidad de transformación, *limitada por el carácter irreversible de la Historia*. Al sufrimiento del pasado tal vez sólo podamos "explicarlo" mientras preparamos un futuro menos ignominioso. ¿Sería ésta, acaso, la radical diferencia entre pasado y futuro? ¿No habrá algún modo de rescatar de las penumbras de la Historia una angustia milenaria?

Olvidar, tal parece ser la única solución ante la ignominia de la Historia. Ese fue siempre el anhelo de un pueblo que emerge de la guerra, como nos presenta, por ej., "Juicio en Nüremberg". Cantar alegremente al ritmo de la cerveza. Olvidar el dolor personal para poder vivir, olvidar todo el dolor humano para poder construir, sobre las ruinas humeantes, un futuro promisorio.

Pero... ¿se puede olvidar? ¿Podemos dejar de ser lo que hemos sido? ¿Podemos hablar del derecho como si no hubiera existido la esclavitud, de la paz

como si no hubiéramos atravesado dos guerras mundiales? Todo progreso en la Historia es una superación y lo superior carece de sentido si no es en relación a lo inferior. No existe un mundo mejor si no es en referencia a otro peor. *Para progresar, estamos condenados a recordar*, porque no avanzamos por saltos, ubicándonos súbitamente en una nueva esfera de valores, autónoma y absoluta en sí misma. Lo positivo en la Historia será siempre un valor relativo, nunca algo perfecto, sino tan sólo "más perfecto", y por ese "más" se nos cuele todo el pasado que deseamos olvidar.

Por vivir en una Historia que ha sido y aún es sumamente bochornosa, pareceríamos condenados a no poder entregarnos nunca a la alegría, a la felicidad y a la plenitud de la existencia. Condenados a recordar un sufrimiento que ha marcado a fuego nuestra sonrisa promisoría. Desearíamos que en un momento dado *se bajara el telón de la Historia* para comenzar de nuevo, desde cero, sin la necesidad de recordar. Encontrar un elegante epílogo a este drama para iniciar la comedia. Pero la Historia parece más bien, una inseparable tragi-comedia. Quisiéramos entregarnos a una amnesia colectiva, pero no damos con la droga suficientemente eficaz.

Y recordando, parece que sólo aumentamos las penurias que han asolado al hombre. Nos revolcamos, así, en nuestro propio desaliento, en una actitud que por ser solidariamente humana no deja de ser por ello menos absurda que la de olvidar. ¿Y no tenemos, igualmente, un deber de solidaridad con las generaciones presente y venideras? El recuerdo de las maldades de la Historia, ¿será, acaso, nuestro mejor legado para la posteridad?

No sabemos, en realidad, con quiénes solidarizarnos: con los que sufrieron o con los que desearán vivir alegremente. Aquellos ya perdieron su oportunidad; no se la anulemos a los que vendrán. Este es el dilema del presente: *vivir para la Historia del pasado o para la del futuro*. Parecemos condenados a realizar una elección que se nos impone absurdamente.

EL SEÑOR DE LA HISTORIA

En esta disyuntiva, sólo *Cristo, El Señor de la Historia*, abre al hombre la posibilidad de asumir el contenido de todos los tiempos. Jesús no vino a enseñar una doctrina que "explicara" los problemas humanos, de la muerte y el dolor, una cosmovisión más perspicaz y acabada que las filosofías imperantes. El vino a establecer su señorío en la Historia, su dominio sobre el tiempo. El hombre, por la fe con que acepta la persona de Cristo, participa activamente en su señorío sobre la Historia, se apodera de su ignominia y la transporta en su corazón peregrinante hasta el Día en que sea totalmente aniquilada.

Para el cristiano no existe un progreso de la Historia en el sentido de que pueda ir desligándose disimuladamente de todo el sufrimiento pasado. *Sólo admite un progreso en cuanto que el hombre puede elevarse cada vez más sobre sus condicionamientos individuales para llegar a una conciencia más clara y profunda del sufrimiento de toda la humanidad*. Conciencia no significa tan sólo "conocimiento", como si se tratara nuevamente de dar una "explicación". Implica, ante todo, *el sentimiento de responsabilidad* por el sufrimiento de la Historia. No es que se produzca un nuevo

complejo de culpabilidad por una sobre-excitación de nuestro estado anímico. Es la conciencia de un vínculo real que entronca a todos los hombres *en la Cruz de Cristo, donde tuvo lugar el Juicio de la Historia*, no el juicio con que unos hombres condenaron al Señor de la Historia sino el Juicio en que compareció toda la Humanidad ante el trono de Dios para ser absuelta y reconciliada con su Padre.

La Cruz de Cristo es, por tanto, *el único punto real de contacto entre todos los hombres dolientes*. A partir de ella se ilumina, adquiere sentido y es asumida la ignominia de la Historia. En este sentido no podemos hablar de ningún sufrimiento individual aislado. Ningún hombre ha sufrido solo, perdido en la soledad de su desesperación. El que agoniza lentamente en una trinchera, en la soledad de un vientre que lo aborta o en la indiferencia de una multitud masificada, agoniza, en realidad, en el seno de una comunidad universal que lo toma entre sus brazos y lo sienta a la mesa del Padre donde podrá relatar a sus hermanos la historia de su peregrinación.

Para el cristiano no existen, propiamente, los "héroes" de la Historia, los genios de la humanidad, los hombres superdotados. No admite ningún pedestal en este mundo levantado con los cadáveres de sus hermanos. No admira tanto a los faraones que construyeron las pirámides cuanto a esos ejércitos de esclavos que ofrecieron sus huesos como piedras milenarias. *No venera tanto a los sabios cuanto a los idiotas que quedaron al margen de la evolución*. La Historia, para el cristiano, ha progresado espiritual y moralmente más por los idiotas que por los sabios, por los esclavos que por los amos. Ellos han comparecido

"en primera fila" ante el Juicio que tuvo lugar en la Cruz de Cristo y son los verdaderos héroes de vanguardia.

No es tampoco que se haya ensañado en ellos, en un primer ataque de furor la ira divina, hasta saciarse con la sangre y abandonar a los restantes en un gesto de hastío. El Padre de Cristo no es un Molok, sediento de venganza, que se aplaque con el humo de los sacrificios y el olor a carne humana quemada. El escogió precisamente a los infelices de la Humanidad en un gesto de amor, *para asociarlos más íntimamente al dolor de su Hijo*, que también se resistía a morir y rehusaba el Cáliz de la Pasión. Esos infelices son los predilectos del Padre y por ello los predilectos del cristiano. Qué incomprensible sea el misterio de la amorosa predilección del Padre se pone de manifiesto en el escándalo que nos embarga como la misma Cruz de Cristo.

El cristiano que ha aceptado la Cruz de Cristo puede aceptar ya el misterio de los que sufren con El. Cuando se siente incómodo y molesto por una Historia demasiado ruin y vergonzosa como una realidad que le resulta indiferente y de la que desearía prescindir, es porque no ha aceptado verdaderamente el misterio de la Cruz de Cristo. No se trata de comprenderlo sino de aceptarlo. Ello no significa que sea algo irracional y absurdo ante lo cual no quede más remedio que cerrar los ojos y pasar adelante. Es racional porque aceptamos la persona de Jesús, nuestro Salvador. Y mucho más racional aún porque nos negamos a juzgarla con nuestra razón. Lo reconocemos como El Señor de la Historia *admitimos que está más allá de nuestro tiempo mortal* y que, gracias a ello, puede dar un sentido a lo que nos escandaliza hasta el extremo de lo absurdo.

EL PROGRESO EN LA HISTORIA DOLIENTE

Con lo dicho no pretendemos inclinarnos hacia un espiritualismo total, *hacia un escatologismo trascendente* que pone toda su esperanza en la otra vida, de espaldas a lo que acontece en la tierra. Del hecho de que Cristo asumirá igualmente todos los fracasos de la Historia y los sufrimientos que no supimos remediar, no se sigue que le pueda resultar indiferente al cristiano el progreso del hombre. No alzamos los brazos al cielo pidiendo a Cristo que se compadezca de los que sufren. Los bajamos hacia la tierra para aliviar el dolor de nuestros hermanos, des-terrorar la injusticia social, defender los derechos de las minorías, asegurar una paz menos precaria, robustecer la esperanza con que la Humanidad mira hacia adelante, hacia el Cristo de la Parusía, esbozando su rostro con los sentimientos más auténticos y sagrados del corazón humano: libertad, paz, igualdad, fraternidad, dignidad.

Progreso en la Historia doliente. ¿Significa que sufrimos menos nosotros que los hombres de épocas pasadas? ¿No sería el sufrimiento, históricamente considerado, *un residuo infrahumano simbolizado en una curva que se aproxima gradualmente a un horizonte de idealidad?* La felicidad del Hombre no consistiría, en tal caso, en dejar de sufrir, sino en aproximarse cada vez más a un límite ideal. Si pretendiéramos franquearlo destruiríamos la Historia inmovilizando el progreso, pues el límite se asemeja a un término estático carente del penoso esfuerzo del trabajo. El hombre sería el ser con la capacidad de disminuir indefinidamente su sufrimiento que es una fuente inagotable.

Pero la debilidad de tales ilusiones se pone al descubierto inmediatamente. El progreso de la Historia no corre parejo con una decreciente curva de sufrimiento. *No consiste en que se sufra cada vez menos por el hecho de que se viva cada día más cómodamente.* Esto es evidente analizando la curva de los suicidios que suman centenares de miles por año. El hombre moderno ha descubierto el suicidio, no el suicidio heroico tras el que corrieron vanamente los héroes de la antigüedad, sino el suicidio cobarde, con el que salta de un edificio en llamas sin pensar dónde va a caer. Huye de un mundo que le prometía el paraíso y le ha resultado un infierno, un desierto interior. No podemos por ello condenar simplemente a los que claudican de su misión social. Es, más bien, la sociedad que los expulsa y no les concede un espacio vital mínimo para subsistir. La prueba de ello es que se aferran desesperadamente a una última posibilidad: un misterioso número de teléfono en que una voz desconocida les ofrece aún una mano para continuar asidos a la realidad de este mundo.

Y aunque no llegue hasta el extremo del suicidio, *el hombre huye continuamente de sí mismo y cuanto más corre más cerca está de su propia soledad.* Cuando un trabajo embrutecedor se le impone como a un burro de carga, sólo espera el fin de semana para emborracharse y olvidar un poco. El hombre común se amontonará en un estadio de fútbol, buscando el opio de la diversión, que es la religión del pueblo. Y en todo caso estará esperando el fin del trabajo para dejarse caer frente a un aparato de televisión. No es que la alegría de baco, el entusiasmo del deporte o la diversión de los espectáculos impliquen una

debilidad que no se puede permitir el hombre superior, de la cultura y de la ciencia, del arte y de la religión. Pero lo que debiera ser un descanso en la marcha, un alivio para reiniciar el trabajo realizador, se ha convertido, por las condiciones de nuestra sociedad, en un refugio, una esfera ideal hacia la que proyecta grotescamente el hombre masificado su nostalgia de felicidad. Allí encuentra sus ídolos, y en una cancha de fútbol da rienda suelta a un delirio que puede provocar centenares de víctimas.

No es tan seguro que suframos cada día menos. Pueblos sencillos y primitivos, que parecen retazos del pasado, ignoran muchos de nuestros términos siquiátricos, porque aún no se han complicado hasta ese extremo. Lo que ciertamente ha variado son las circunstancias en las que el hombre sufre. Pero todas ellas se pueden reducir, como en la prehistoria, a cuatro puntos cardinales: *la materia*, que se resiste siempre a ser dominada por el hombre; *la sociedad*, que no puede dejar de imponer límites a la libertad personal; *la propia existencia histórica*, que es un ser para la muerte; ésta desafía al hombre, sabiendo que a la larga tiene la partida ganada; y por ser una existencia histórica, sufre la imposibilidad de asumir íntegramente su ser en la plenitud de un acto vital y finalmente *Dios*, que hace sufrir al hombre no porque sea limitado o negativo como la materia, la sociedad y la muerte, sino porque es el absolutamente ilimitado, cuya voz resuena en el corazón humano con un acento amoroso y doliente.

Resulta muy fácil hablar del sentido del sufrimiento cuando analizamos el dolor ajeno. Estudiamos sus causas, sus condicionamientos y obtenemos resultantes generales. *Hemos cosificado entonces el do-*

lor, idealizándolo en una idea abstracta y universal. En este terreno parece relativamente fácil encontrar un sentido al sufrimiento. Pero basta visitar un hospital, recorrer una villa miseria o ver una cruda película de guerra para comprender cuán lejos estábamos de la realidad.

El cristiano no puede dejar de sonreír ante ciertas explicaciones optimistas y evolucionistas del sufrimiento humano: "como todos los animales, el hombre sufre, y esa es su explicación natural". Es cierto que el hombre sufre y muere como todo ser biológico, pero mientras el animal muere simplemente, el hombre *toma conciencia de que va a morir*, de que es un ser para la muerte. Y entonces comprende que no es un simple animal, que trasciende su nivel biológico en un dinamismo tronchado por la muerte. Saber que muere como un animal, eso es precisamente lo que desespera al hombre en lugar de consolarlo. El animal cierra su ciclo históricamente idéntico en el determinismo de la especie. El hombre, por el contrario, *toma conciencia de que progresa, de que es un ser radicalmente histórico* y quisiera supervivir para alcanzar una meta futura hacia la que se encamina la humanidad. El hombre, además, se encariña con sus camaradas de ruta, mucho más allá de los impulsos instintivos. Amor y amistad no se reducen al instinto de conservación de la especie. El hombre desea pervivir como persona amando a otras personas, y no le consuela la simple conservación de la especie humana a través de la sucesión de los individuos.

También sonríe el cristiano ante la explicación de que el sufrimiento es un mal necesario de la evolución: "la humanidad crece como un adolescente y debe pasar por las crisis propias del crecimien-

to". Interesante explicación para los que tienen la fortuna de quedar a flote en el maremoto de la Historia. Pero el infeliz que parece aplastado por la marcha de la evolución grita hacia el cielo su angustiada pregunta: ¿Por qué yo, precisamente yo? Y maldice su destino y la buena suerte de los que se levantan sobre su cadáver. Aunque un sólo hombre debiera ser sacrificado para alcanzar el paraíso en la tierra, continuaría la Historia siendo el mayor de los absurdos porque no pudo, con todo su dinamismo y el recurso de sus genios, librar a un inocente de su fatal engranaje. *Sería la feliz Historia de la humanidad menos uno, sin el cual dejaría de ser Humanidad.*

EL CUERPO MISTICO DEL DOLOR

El cristiano cree firmemente en *el cuerpo místico de la gracia*. Por él, todos los creyentes, de hecho o de deseo —incluso de deseo inconciente—, reciben la Vida de Cristo que los une entre sí formando una verdadera comunidad orgánica. Como sostienen los peritos en oceanografía que no existe océano suficiente capaz de apagar las ondas sonoras de una pistola disparada a conveniente profundidad, así también, no existe humanidad suficientemente dilatada en el espacio y en el tiempo que pueda apagar la onda expansiva de una pequeña buena acción. Ni un vaso de agua dado en nombre de Cristo quedará sin recompensa; esto no significa que cada cristiano lleve oculto un libro de buenas acciones, y que de acuerdo a él se le recompensará individualmente en la otra vida. La realidad primaria, aunque aparentemente posterior en el tiempo, es *el Juicio final comuni-*

tario, que se anticipa escatológicamente en el Juicio individual de cada hombre que muere; no son dos juicios diversos sino uno mismo bajo diferentes perspectivas temporales. Y el vaso de agua será por tanto recompensado no simplemente como una buena acción individual sino como un gesto de amor hacia el hermano. En el Juicio que realizará Cristo al fin de los tiempos se pondrá de manifiesto cómo nuestras buenas obras son *actitudes comunitarias* más allá de la persona a quien socorremos concretamente.

Algunos Santos Padres, como *Orígenes*, hablaron de *otro cuerpo místico: el del pecado*: "corpus peccati, corpus diaboli". Con intuición genial comprendieron igualmente cómo los pecados de los hombres no son acciones tan individuales que mueran en ellos mismos. Vieron la misteriosa compenetración, a través del espacio y del tiempo, de toda la maldad humana acumulada en la Historia. Todo hombre nace enredado en la pecaminosidad de los siglos; su origen es protohistórico, radicada en la primera decisión libre y religiosa del hombre. Y a partir de aquel estado de desheredad primigenia el cuerpo del pecado se agiganta por la acción voluntaria del hombre. También los santos pertenecieron a él; y aún después de ser injertados en el Cuerpo salvífico de Cristo continuaron rozando tangencialmente el "corpus peccati". Incluso María *debió* pertenecer al Cuerpo místico del pecado por su origen adámico, pero *de hecho no perteneció* porque estaba llamada a ser Madre de los creyentes, Madre del Cuerpo místico como lo había sido de Cristo, su Cabeza. También el "Corpus peccati" posee su cabeza, todo él converge hacia la persona del *ángel anti-teo*, oculta fuerza mis-

teriosa que se desplaza por el subsuelo de la Historia.

Y podríamos aún hablar de *un tercer cuerpo místico: el del dolor*. Por él, todos los hombres sufrientes; sin excepción; participan en una misteriosa comunidad de destino, sea que acepten voluntariamente el dolor o que se revuelquen contra él, maldiciendo de Dios, de su suerte y de la sociedad. Esta unión no se produce por una vinculación jurídica, *por el deber de sufrir* que es inherente a la condición humana, ni por un vínculo sentimental que nos haga com-padecernos mutuamente. No es una unión moral o subjetiva; responde a una realidad independiente de nuestra libre determinación, se basa en un vínculo objetivo. Ni alude tampoco el término a un valor simbólico, como si la unión de todos los hombres en el sufrimiento fuera una simple figura de otras realidades invisibles.

Así como el Cuerpo místico de la gracia posee su cabeza en Cristo y el del pecado en Satán, nos preguntamos en torno a qué personaje gira el cuerpo místico del dolor. Parecería una realidad neutra, ambivalente, a horcajadas entre los otros dos. Ni siquiera puede escoger al Diablo como cabeza y protector. *Parecería el mundo de los auténticamente desamparados*, que no encuentra a quién echarle la culpa, como en el del pecado, ni a quién agradecerle la salvación como en el de la gracia. Es la esfera humana que se aproxima peligrosamente más al límite absurdo. Todas las explicaciones que se dan parecen sucedáneos para no tener que confesar nuestra ignorancia y no dejar ninguna zona de la realidad sin razón suficiente.

La explicación más profunda del sufrimiento parecería ser *la que lo vincula al pecado, como castigo del mismo*.

Cuando Jerús se encontró con el ciego de nacimiento, sus discípulos le preguntaron: "Rabbí, ¿quién pecó? ¿Este o sus padres para que naciera ciego?" (Juan, IX, 2). Pero Jesús les respondió: "Ni éste ni sus padres pecaron, sino que (nació ciego) para que se manifiesten en él las obras de Dios".

Admitamos que gran parte de los sufrimientos humanos procede de nuestra maldad personal; el que ha engañado a su hermano no encontrará jamás la tranquilidad para su espíritu, el que se ha entregado al desenfreno de los placeres padecerá después el contrapeso de la enfermedad. Esto nos parece muy justo y equitativo, y hasta un poco necesario para los límites de la dignidad personal que el hombre no traspase impunemente los límites de la libertad personal y el respeto ajeno. Pero es que el sufrimiento es una justicia con los ojos vendados que se ensaña con el malvado y con el inocente. Cuando cedemos a la sutil tentación de ver un castigo de la Justicia divina en el sufrimiento de los malvados, preparamos el escándalo de no poder explicar el dolor de un inocente. No podremos estar nunca seguros de que el Padre de Cristo permite los sufrimientos del impío para hacerle pagar aquí en la tierra sus fechorías. Deberíamos pensar, más bien, que el sufrimiento de los malvados es una mano que les tiende el Padre celestial para aproximarlos a la Cruz de su Hijo, mano que les resulta abrasadora porque han encendido en su propio corazón el fuego del odio. El hecho de que la Biblia nos presente frecuentemente las desgracias de un pueblo como castigos de la cólera divina no debe llamarnos a engaño. La realidad trascendente a que apuntan muchas de tales descripciones folklóricas es *la tensión inso-*

lubre entre la maldad humana y la santidad divina que estallará en el misterio del Juicio escatológico prefigurado en episodios de la Historia.

El misterio del dolor trasciende sencillamente la circunstancia de cada individuo o de cada pueblo. Tiene su punto de contacto con el pecado a través de una realidad escatológica: la muerte, a la que anuncia cada día, y por medio de ella se entronca en otra realidad proto-histórica: el pecado de los orígenes de la humanidad, del que nosotros nos apropiamos plenamente por nuestra libre decisión personal. Nacemos en un estado de desheredad, pero ratificamos libremente, con nuestra firma, la renuncia a una herencia que nos recuperó el Salvador. *El sufrimiento sella el parto doloroso con que pasamos de una situación de inautenticidad a la nueva dimensión de la autenticidad.* Ser cristiano es ser auténticamente hombre, vivir la plenitud de la existencia como surgió en los orígenes y no como fué desvirtuada posteriormente. Cristo es el Hombre proto-histórico que desde la meta de la Historia otorga al hombre el sentido de la autenticidad. Sólo a partir de Cristo podremos lograr una aproximación al misterio del dolor.

LA DIMENSION META-HISTORICA DEL DOLOR

La ignominia del pasado es algo irremediable para quien permanezca en el nivel fáctico y terreno de la Historia. Pero quien cree en Jesús, el Salvador del mundo, logra el acceso a la esfera de la realidad meta-histórica, porque Jesús mismo, con su Humanidad resucitada, trasciende todas las categorías de la espacio-temporalidad. La Historia nos pertenece

porque Cristo es el Señor de la Historia. No hemos perdido el pasado ni perdemos el futuro a medida que se vaya realizando. Tomar conciencia de nuestro señorío sobre la Historia es el punto de partida para poder asumir su contenido. De allí que el cristiano no se aboque al estudio de las ciencias históricas con la indiferencia con que podría entregarse a la investigación de la botánica o de la mineralogía. Lo hace llevado por un imperativo trascendente que lo impulsa a tomar conciencia de lo que ha sido él mismo, y no puede jalonar la Historia con las figuras de geniales conquistadores o con la gloria de los imperios. Estos no constituyen más que *la apariencia de la Historia*, una sobre-estructura que seduce a los adolescentes y tienta incluso a los responsables de la ciencia pedagógica. Avanzando por la superficie solo se logra una aparente erudición que nos aleja cada vez más de la misma realidad histórica.

La única Historia verdadera es *la Historia de la angustia del hombre y de su esfuerzo por trascenderla en un intento a veces desesperado.* No implica ningún pesimismo, pero tampoco es un cerrar los ojos ante nuestra propia existencia, que es un ser para la muerte, sometido a la necesidad del cosmos a la necesidad de la convivencia, a la imposibilidad de auto-posesión integral y a la inautenticidad de nuestra respuesta a lo Trascendente.

Cuando el cristiano toma conciencia de la angustia milenaria con que peregrinamos por la Historia no se deja llevar de un simple sentimiento humanitario, de un gesto de compasión que brota espontáneamente en su corazón hacia los semejantes. Es una *libre toma de conciencia* por la que nos situamos más allá

de las reacciones sentimentales o instintivas. Al com-padecer nosotros esa angustia histórica la rescatamos del pasado y la proyectamos realmente hacia el término de la Historia. *Por medio de la esperanza invertimos el sentido de la Historia, invaginamos el flujo del tiempo, desplazando el pasado más allá del futuro.*

La posibilidad que Cristo nos ofrece de participar activamente en su señorío sobre la Historia implica el riesgo y el esfuerzo de toda libre decisión. No es nada fácil ni agradable enfrentarse con la ignominia de la Historia y hacerse cargo de ella, porque significa enfrentarnos con nuestra propia ignominia. Nos resulta más cómodo olvidar el pasado, olvidarnos a nosotros mismos y pasar por la Historia como animales de una especie que puede mejorar un poco su condición. *El hombre, sin embargo, no trasciende al animal por el simple hecho de progresar sino esencialmente por su capacidad de proyección meta-histórica.*

Los santos se compenetraron más que ninguno del misterio del dolor. Abrazaron decididamente la Cruz de Cristo, que es el eje de la Historia, y gracias a esa libre decisión *transformaron el pasado en futuro, invirtiendo el sentido del tiempo.* No han sido unos maestros de ascética que enseñaron al hombre a sobreponerse virilmente sobre el dolor y la adversidad. Ese camino había sido ya recorrido hasta el pedestal de la vanagloria por los filósofos estoicos de la antigüedad. Nuestros santos, por el contrario, aunque vivieran en la más apartada soledad de los anacoretas, estaban poseídos por el sentimiento del cuerpo místico, y al asumir voluntariamente el sufrimiento no se dejaban llevar de un instinto masoquista sino que intentaban rescatar la humanidad de su destino doliente e inauténtico.

No faltó, es cierto, algún monje que perdiera el sentido de la Historia y la visión comunitaria, entregándose, entonces, a excentricidades penitenciales con las que salvaban su alma pero apartaban a personas de sentido común de la fe en el Salvador.

Los dolores corporales que se infligieron los santos no constituyen más que el síntoma y el desbordamiento exterior de una pasión que los embargaba interiormente, como el sudor de sangre en el Calvario nos torna visible el misterio de la dolorosa decisión con que Cristo asumió libremente el contenido de toda la Historia. Ha sido el acto más libre, más auténtico y más trascendente de todos los tiempos. A partir de él la penumbra del pasado se ilumina con el fulgor de la resurrección, los que habían muerto reviven en la esperanza escatológica. Este es el poder de Cristo sobre la Historia, *en que la hace girar sobre el eje de la Cruz proyectando el contenido de los siglos sobre la plenitud escatológica que está más allá del futuro.* Cristo, el Hombre meta-histórico, adquiere con su muerte el acceso directo a todos los tiempos, y al que cree en Él se le abre igualmente dicha posibilidad.

No todos están llamados a beber hasta el fondo el Cáliz de la Historia. Pero quien cree que Jesús es el Salvador y Señor de los tiempos no puede dejar de gustar el sinsabor de una decisión libre y trascendente con la que asume la plenitud del sufrimiento humano. Nada del pasado puede ser olvidado porque todo él se ha sumergido en el *Cáliz de la Pasión.* Allí están los sufrimientos de los inocentes que van a ser bebidos por el único Inocente. Ellos no pudieron asumirlo libremente pero en su lugar lo hará Cristo con la más auténtica de las

libres actitudes. En su Cáliz se concentra igualmente todo el sufrimiento de la maldad humana para ser rescatado de la Historia en el día de su Parusia.

El cristiano lucha denodadamente contra el sufrimiento de sus hermanos, contra el hambre, la enfermedad y la ignorancia. Pero no lo hace con la ilusoria esperanza de desterrar definitivamente la posibilidad de sufrir. Tampoco se esfuerza procurando tomar distancia de una realidad en la que ha descubierto el sentido redentor. Su meta no es el sufrir cada vez menos, sino dilatar en la Historia la posibilidad de que el hombre pueda evadirse de la *necesidad de sufrir* para entregarse plenamente a la *libertad de sufrir*. Por eso decíamos más arriba que para el cristiano no existe un progreso en la Historia en el sentido de que pueda ir desligándose disimuladamente de todo el sufrimiento pasado, y que sólo admite

un progreso en cuanto que el hombre puede elevarse cada vez más sobre sus condicionamientos individuales para llegar a una conciencia más clara y profunda del sufrimiento de toda la humanidad.

En la medida en que el progreso, mediante la técnica y la cultura, nos libera del sufrimiento personal nos aboca a la libre posibilidad de asumir el dolor de nuestros hermanos. No progresamos para superarlos a ellos sino para tender nuestros brazos a quienes aún están sometidos, en una medida inconcebible, a la necesidad de sufrir. *En esto consiste la autenticidad de la existencia cristiana, en abrir a los hombres el camino de la libertad, no para gozar egoísticamente un momento de felicidad personal sino para encaminarse a la plenitud de una entrega, incluso hasta la muerte, como Cristo que dio su vida por sus hermanos, los hombres de toda la Historia.* ♦

M. R. P. Juan Bautista Janssens S. I.

GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS
PROPULSOR DEL APOSTOLADO SOCIAL

*Ante su muerte "ESTUDIOS" rinde su
homenaje de oración y agradecimiento*